

(01013)

Ofertas de verano

López llegó a La Cama con veinte minutos de antelación a su cita con Teresa. Quería empezar a dejarse ver. Se acordó de aquella cafetería en el barrio chic de Mospintoles y se citó allí con ella. La joven llegaría en taxi, por lo que no tendría problemas para encontrar el lugar. López no era un empresario de los de a pie de calle, y consumía los cafés en sus oficinas, por lo que desconocía los lugares de moda de Mospintoles.

Recordó aquella anécdota del presidente del Gobierno y el coste de un café. Él no simpatizaba mucho con el presidente, pero a aquel tipo la pregunta le había supuesto un pequeño revolcón inmerecido. Qué pregunta tan estúpida... ¿A quién le importaba que un presidente de Gobierno sepa lo que cuesta un café en la calle? Además, era obvio que no podría pasear libremente por ninguna calle pues sería continuamente abordado por los ciudadanos. A él le solía ocurrir algo parecido en Mospintoles. Y en consecuencia evitaba caminar por la ciudad.

López abrió la puerta de aquel establecimiento tan elegante y apenas traspasado el umbral comprobó que mientras las caras se volvían hacia él las conversaciones se iban apagando. Sonrió, pero la duda le embargaba. ¿Sería bien recibido en un local que no frecuentaba? ¿Crearían que acudía allí para pavonearse del reciente éxito?

López observó que no había mucha gente, o al menos esa impresión daba, porque la cafetería era extraordinariamente grande.

Sin perder la sonrisa avanzó hacia la barra. No supo muy bien cómo sucedió, quizá alguien inició el proceso, pero los allí reunidos le brindaron una improvisada salva de aplausos.

No fue nada desmedido, ni siquiera se pudo considerar una ovación, con pitos incluidos, como hubiera correspondido en un local atiborrado de gentes humildes. Pero supo que aquella era la manera de reaccionar del pueblo, o al menos de sus clases mejor acomodadas.

Alguien se acercó a estrechar su mano:

—Bienvenido, señor López. Soy Octavio Hermosilla, propietario de la cafetería. Le agradezco su visita. Permita que sea el primero en convidarle.

—No..., por favor...

—Si no lo hago yo lo hará cualquiera de mis clientes. Es usted una celebridad en Mospintoles. Permítame...

—Muchas gracias...

—¡Aurelio!, por favor, atienda al señor —dijo Octavio llamando al camarero. Y dirigiéndose al invitado— ¿Desea usted alguna mesa en especial? Lamento que el ambigú esté ocupado en este momento...

—No, no. Muchas gracias. He de aguardar a una cita, y me gustaría hacerlo en la barra.

—Como guste, caballero. Es un honor tenerle entre nosotros.

El propietario le dejó sin atosigarle, cosa que López agradeció. Se fijó en él mientras marchaba a conversar con otro cliente. ¡Tenía clase el dueño de aquel local! Un aura de distinción... algo que López no estaba seguro de poseer, aunque le gustaría. Aun con estudios superiores acabados, no había tenido una educación... distinguida.

Pidió un café con hielo en la barra mientras observaba a Hermosilla caminar entre las mesas, atendiendo a sus clientes. Aquel trato personalizado que dispensaba a cada mesa le gustó a López. Le recordó los locales americanos...

—Excelente trabajo, López. Ha sido una campaña maravillosa. Nos ha hecho disfrutar a todos.

Un hombre con bigote se había dirigido a él desde el codo de la barra. Ahora reparaba en él. Vestía con buena ropa, pero no tenía la elegancia ni el porte que había observado en los otros parroquianos del establecimiento. Estaba un tanto cargado de hombros.

—Me llamo Sebastián Matute, de Talleres Matute —le dijo el hombre tendiéndole la mano.

López se la estrechó y en aquel momento simpatizó con aquel tipo. Notó que era como él, un hombre franco, curtido en mil batallas, hecho a sí mismo. Conocía el negocio de Matute, pues pasaba a diario por delante. Tenía grandes posibilidades de expansión, y siempre le había sorprendido que aquellos talleres no fueran un concesionario. Sabía que el negocio de Matute gozaba de buena fama entre los mospintoleños.

—Conozco su negocio. A diario paso por delante, cuando voy a los campos de entrenamiento del Rayo... Bueno, del ayuntamiento —se excusó López sin saber por qué.

Sebas rió la puntualización del empresario, y López se dio cuenta de que había hecho un chiste.

—¡Ahora en segunda! Habrá que reforzarse, López.

Aquel hombre se lo estaba poniendo en bandeja... Era lo que él esperaba para correr la voz. Y encima el propietario de un taller... El rumor estaría el miércoles por la mañana en todo Mospintoles. Pero debía aparentar cierta reserva si quería que el rumor cogiera cuerpo.

—Sí. Algo habrá que hacer.

—Pero no se puede esperar mucho. El comienzo de la temporada está a la vuelta de la esquina.

—Es cierto. Tenemos algo avanzado. Estamos tratando de incorporar un fichaje estrella. Esperemos que no se malogre la negociación.

—El Rayo va a necesitar algo más que un fichaje para luchar en segunda, López. Pero apostaría a que llevan tiempo trabajando en ello.

—La verdad es que sí. Tendríamos que remodelar la mitad del equipo. Han sido buenos jugadores en segunda B, pero el salto de calidad entre ambas categorías es muy grande. Creo que tenemos la responsabilidad de representar a Mospintoles lo más dignamente que podamos, y para ello nos vemos obligados a hacer un esfuerzo.

—Entonces serán unos cuantos fichajes...

—Serán unos cuantos, Matute. No lo dude —afirmó López pensando que todo le venía rodado.

—Lo lamento por los que salgan del equipo. La mayoría son chavales de aquí. Pero no puede haber nostalgias en los negocios.

—Tristemente el fútbol se ha convertido en un negocio, y así hay que afrontarlo si queremos triunfar.

—De momento habrá que convertir al Rayo en sociedad anónima...

—En ello estamos. Tenemos un equipo de profesionales trabajando en esa línea y queremos comenzar cuanto antes.

—Pues aquí tiene al primer accionista... En Talleres Matute estaremos orgullosos de ser los primeros en colaborar con nuestro Rayo.

A López se le achicaron imperceptiblemente los ojos, pero sonrió afablemente. Qué insolencia... El primer accionista iba a ser él mismo. Tanto en el montante como en la primicia. Era obvio que aquel tipo se refería a ser el primero en el tiempo. Y cogió al vuelo la propuesta.

—Se lo agradezco, Matute. Sin duda será una buena publicidad para su negocio. Nos prestaremos de buena gana a ello.

Mientras largaba esa frase López ya había diseñado una estrategia. Aparecería con Matute en sus talleres y ello debería servir de acicate a otras empresas para colaborar en la transformación en sociedad anónima. La buena fama del negocio de Matute contribuiría a ello.

En aquel instante llegó María Reina, que venía del ambigú del local.

—Veo que ya se conocen, señores.

López quedó extasiado nuevamente ante aquella beldad. Durante un momento que le pareció eterno no supo qué decir. Mientras duraba su indecisión María se acercó a Sebas y le dio un beso en la mejilla.

—No me vais a tener de pie entre vosotros, ¿verdad Sebas?

—Toma mi taburete —dijo Sebas descabalgando y alejándose un trecho para reponer su asiento.

López comprendió la situación, mientras María le miraba buscando una cierta complicidad.

Sebas estuvo de vuelta en un santiamén:

—Ya nos hemos presentado, María. Y sé por la tele que os conocéis. Sólo falta que el caballero sepa que eres mi media naranja.

—Sin duda se ha percatado de ello —dijo María tendiendo la mano a López. Esta vez López se la estrechó, sin besamanos.

—Su marido ha tenido la amabilidad de ofrecerse como primer accionista de la sociedad anónima en que tendrá que convertirse el Rayo de Mospintoles... Me pregunto si el ayuntamiento estaría dispuesto a colaborar también con el equipo de nuestra ciudad.

—No le quepa duda —contestó María.

—Lo cierto es que hasta el momento el apoyo del ayuntamiento se ha hecho esperar.

—Pudiera ser... Pero éste no va a ser el lugar más apropiado para concretar un convenio de colaboración. Si el Rayo es receptivo, al ayuntamiento le gustaría llegar a acuerdos con el equipo de nuestra ciudad.

En ese momento se acercó Octavio Hermosilla:

—Señor López, disculpe; me gustaría trasladarle una pregunta de prácticamente toda nuestra clientela. Como habrá observado, la mayor parte son empresarios de Mospintoles —López miró en derredor y lamentó no reconocer ninguna cara—. Nos gustaría contribuir con aportaciones al proceso de transformación del Rayo en sociedad anónima. Y querríamos saber cuándo tienen ustedes pensado comenzar con ese proceso a efectos de disponer de la liquidez necesaria.

López no lo podía creer. Había caído, sin pretenderlo, en el nido del empresariado de Mospintoles. Y lejos de despertar recelos palpaba la solidaridad de todo el entramado empresarial de la ciudad.

—En breve, señor Hermosilla. No le puedo concretar una fecha porque está todo en manos de un equipo de profesionales. Pero lo haremos a la mayor brevedad. Si le parece bien, en cuanto tenga conocimiento de la fecha se lo comunico a usted para que lo participe a sus clientes.

—Excelente. Y si a usted no le parece mal enviaré una circular desde la asociación de empresarios de Mospintoles a todos nuestros socios con esa información.

López veía ahora con disgusto que había estado pasando por alto la vida de Mospintoles. Por lo visto Hermosilla era el presidente de una asociación de empresarios de la que López no tenía noticia de su existencia. Poco podría esta asociación velar por sus negocios, con proyección nacional, pero había sido una descortesía no colaborar con la asociación local que ahora le brindaba su apoyo.

Decidió que había llegado el momento de devolver a Mospintoles lo que la ciudad le había estado dando y que él en ningún momento había valorado. En algún rincón de su mente empezó a tomar cuerpo la idea de que el

ayuntamiento no había colaborado con su proyecto deportivo precisamente por el desapego que había mostrado hacia la ciudad y el municipio. Y hubo de conceder en silencio que ello era cierto.

—Le quedaremos muy agradecidos, señor Hermosilla —contestó López.

Las miradas de las tres personas con las que departía se volvieron hacia una joven veinteañera que se acercó a López y le besó en la mejilla. Era Teresa...

—¿Nos vamos, papá?